LA ESTRELLA DE CHILE.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III. Santiago, abril 17 de 1870. Núm. 133.

SUMARIO.

La sarjento Candelaria.—¡I ella me ha hecho feliz!—Viejos i jóvenes.—El peregrino del desierto (continuacion).—El concilio.—Las sectas inglesas.—Efemérides americanas.—Poesias.

LA SARJENTO CANDELARIA.

I.

Quizá no haya un solo lector de la «Estrella de Chile» que no conozca a la heroina, cuyo retrato vamos a intentar hacer.

Pocos nombres hai mas populares que éste, i pocos que en una sociedad, como la nuestra, hayan logrado penetrar, con mas aceptacion en los salones de la aristocracia i en los vivaques del soldado.

No hace muches dias la veiamos de tarde en tarde en nuestras calles, agobiada por las enfermedades, i las crueles parálisis arrastrandose apénas afirmada en un baston. Al verla todos la mostraban con admiracion, i nadie pasaba a su lado sin saludarla con respeto.

¿Quién era Candelaria Perez? ¿Por qué todos se apresuraban a rendir un homenaje a esa mujer, cuyo aspecto era el de una mendigo? ¿Por qué todos repiten sus hazañas con entusiasmo?

Esto es lo que intentamos hacer ahora, procurando coordinar los pocos datos que nos ha sido posible recojer, i los que logramos oir de sus mismos labios.

II.

Candelaria Perez nació en Santiago en el año 10 u 11 del presente siglo. Su cuna fué mas que humilde. Sus padres eran unos honrados artesanos, que trabajan dia i noche para asegurar la subsistencia de su hija.

Nada sabemos de sus primeros años. En aquellos tiempos no habia escuelas, ni lugar alguno en que pudieran lucir las dotes de la intelijencia i del corazon los que nacian en la clase menesterosa, i que no tienen otro patrimonio que la indiferencia i el desprecio.

En el dia, desde que el niño nace la sociedad lo recoje para nutrir su alma con la ciencia i el ejemplo. En todos los pueblos de Chile hai numerosas escuelas, en que se publican los nombres de los que sobresalen en sus aulas i que algo prometen para el porvenir.

Si Candelaria Perez hubiera nacido en nuestros dias, quizá no nos seria dificil llenar en este retrato el espacio de los veinte primeros años de su vida, de los cuales apenas conocemos otra cosa, que lo que ella resumia en estas palabras: trabajaba mucho, i ni pensaba siquiera en lo que debia ser mas tarde.

El año 32 abandonó las playas de Chile al servicio de una familia holandesa que iba a establecerse en la costa del Perú.

Candelaria Perez, pagando tributo al espíritu aventurero del chileno, se abria un teatro en donde debia brillar su valor i virtud, que llegarian a inmortalizarla.

Pocos años debió permanecer en la casa de sus amos. En el año 37 tenia un pequeño café en el Callao, que era el punto de reunion de los emigrados i marineros chilenos, que vivian en las costas del Perú, i que era conocida con el nombre de *Fonda de la chilena*.

Empezaba para las repúblicas del Pacífico una era nueva, que amenazaba la existencia de algunas de sus nacionalidades. El jeneral Santa Cruz intentaba la fundacion de una gran nacion de que él se declaraba *protector*. El mariscal boliviano soñaba con las espectativas de un triunfo, que parecian asegurar la condescendencia de sus vecinos, i la indiferencia de su pueblo. ¡Quién sabe sino pretendió la fundacion de una dinastia!

Chile habia corrido a resistir a la invasion, que se valia de las arterias de la diplomacia mas engañosa, i que trataba de alhagarle con palabras llenas de mentida benevolencia.

Para fortuna de Chile i de la América, hubo un hombre, que supo hacerse superior a los alhagos i que organizó el plan que hizo mas tarde triunfar la bizarría de los batallones chilenos.

A Candelaria Perez cupo la felicidad de servir en esa campaña eternamente memorable.

Sitiaba en esa fecha el puerto del Callao una flotilla chilena. El jefe militar peruano habia prohibido terminantemente toda comunicacion con ella.

Candelaria habia encontrado un arbitrio injenioso para burlar la prohibicion. Disfrazada de marinero, entraba diariamente en uno de los botes de un buque estranjero, que se encontraba de estacion en ese puerto, i lograba asi tener al corriente a nuestros marinos de las maniobras de tierra. Delatada a las autoridades por una criada de su fonda, fué condenada a Casas-Matas.

Para una alma del temple de nuestra heroina, nada era mas cruel que no saber

la suerte que corrian los suyos en una lucha tan desigual, en que todo estaba encomendado al valor i a la lealtad de las tropas.

Confundida con los criminales, sufrió el martirio con resignacion; su altivo espíritu se acrisoló en la desgracia i fijó el ideal de sus amores en la glorificacion de su patria i en la ruina de sus enemigos.

Encerrada en su calabozo, oyó el cañoneo de los nuestros que entraban a Lima, miéntras sufria las burlas soeces de la soldadesca desenfrenada que la vijilaba, i que debian ser los últimos gritos salvajes de la necedad i la impotencia puestas al servicio de una mala causa.

Al dia siguiente de la batalla de Guias lució para Candelaria el sol de la libertad, que ella saludó con la fé entusiasta del patriotismo. Era el 22 de agosto de 1839.

Dueño el ejército de Chile de la Ciudad de los Reyes, puso sitio al Callao. Las fortalezas que fueron humilladas un dia por los bizarros marinos chilenos, debian serlo tambien por sus soldados de tierra. El sitio duró tres meses. Los ataques i los asaltos se sucedian dia por dia, i era una de esas luchas desesperadas, en que se defiende un palmo de terreno con toda la audacia del último trance.

Candelaria, conocedora de la localidad prestó a los sitiadores servicios superiores a todo encomio. Era un verdadero jefe que dirijia los asaltos con el tino de un esperto jeneral i el entusiasmo ardiente de una mujer.

En la noche, al rededor de las fogatas del campamento, los soldados recordaban estasiados las hazañas de nuestra heroina, que excedian siempre a las del dia anterior.

En uno de los ataques, sola con un oficial i un corneta, se adelantó a las tropas que la acompañaban i llegó a acercarse a 25 varas de las fortalezas enemigas, a desafiar a sus cobardes carceleros, que se habian cebado, en otros dias en la debilidad de una mujer.

El dia del triunfo del ejército chileno fué el de la glorificacion de esa mujer, cuyo nombre habia llegado a ser la voz de órden de sus compañeros i amigos.

A fines de diciembre de 1839 tuvo lugar un nuevo combate, en Chiquian, a 15 leguas del campamento chileno.

Los batallones Portales i Carampangue habian sido sorprendidos por una division del ejército del Protector, que habia encomendado a la superioridad numérica la victoria, que no habia podido obtener en lucha igual.

Despues de haber quemado el último cartucho, la columna chilena tocó retirada, batiéndose cuerpo a cuerpo. En la retaguardia formaba Candelaria, peleando como el primer soldado, sin desmayar ni un instante, i enviando a sus compañeros palabras de entusiasmo i de aliento.

Dos dias despues llegaban al cuartel jeneral, que recibia a los que habian sostenido la retirada con tanta valentía, como si volvieran cantando la victoria.

Candelaria entró al frente de la columna, i fué objeto de las mas espresivas felicitaciones, que auguraban un porvenir de gloria i de fortuna a la que iniciaba su carrera con hechos asombrosos, que eran la envidia de los protejidos de la suerte.

¡Cuánta diferencia entre el principio de la carrera de Candelaria Perez i su suerte posterior! Quizá sea él un nuevo motivo para creer que Chile ha sido siempre demasiado parco, para pagar los servicios de sus hijos.

Pero, no reneguemos de nuestra patria, i continuemos en nuestra grata tarea de reparacion justiciera.

A principios de enero la situacion del ejército chileno obligó a sus jefes a empezar una campaña de estratejias, en que se presentaban combates, sin mas objeto que atraer al de Santa-Cruz a un campo favorable para los nuestros, que tropezaban a cada paso con las dificultades que nacen de de las ventajas que llevan los que pelean en su propio pais, cuyas localidades conocen, i cuyos recursos pueden aprovecharse con mediana intelijencia.

No hubo un solo encuentro, ni una emboscada, ni el mas insignifidante combate en que no se encontrara la Candelaria Perez.

En el combate animaba a los tímidos i curaba a los heridos, en el campamento cuidaba de los alimentos i del forraje. Era la providencia de cuantos la rodeaban.....

Llegaba la guerra a su desenlace. La hora del último triunfo sonaba con la voz del presentimiento en todos los corazones que ansiaban por encontrarse frente al enemigo, i vender caras sus vidas, a a trueque de la victoria.

Las huestes chilenas acostumbradas a las penurias de los campamentos, i sin otra divisa que morir en la línea, ántes que volver la cara al enemigo, se encontraba en Yungai.

A otra pluma toca la descripcion de esa memorable jornada, que agregó una pájina de inmortal renombre a la historia de las guerras de Chile.

A las descargas de la fusilería acompañadas de los terribles disparos de cañon sucedieron las cargas a la bayoneta. Las tropas peruanas que peleaban con el heroismo del último momento, no podian contener los embates de los que habian jurado morir, ántes que retroceder una vara en el terreno ganado.

Nuestra heroina se encontraba entre ellos. La columna de cazadores que habia sido la primera en romper el fuego, fué de los primeros que escalaron el cerro de Pan de Azúcar. Candelaria montaba a caballo i con una bandera en la mano, marchaba en primera fila, desafiando altanera a la muerte.

En esos momentos en que hierve la san-

gre i se apodera del soldado la ebriedad que producen todos los grandes i los mas santos sentimientos agrupados a sus ojos i reflejándose en la victoria, que la suerte confia al valor i al denuedo, Candelaria era la primera, como lo reconocio todo el ejército, que la aclamó vencedora, i la llamo su sarjento.

Chile habia obtenido la victoria, i ella aseguraba su tranquilidad.

Santa-Cruz no era ya protector sino prisionero. La gran confederacion Perú-Boliviana habia entregado su existencia en leal i denodado combate.

El ejército libertador volvió a Chile cubierto de gloria. Su entrada en Santiago fué la de los Césares en la antigua Roma. Todo cuanto puede dar un pueblo lleno de justo orgullo se arrojó a los piés de los vencedores, que desfilaban sobre una alfombra de flores, mientras los himnos i los cantos de guerra se confundian con las marchas de las bandas militares.

La sarjento Candelaria con chaqueta de soldado i su arma al brazo marchaba al frente de su mitad, atrayendo las miradas de todos.

Era el dia de su glorificacion. El pueblo la hizo su idolo; la aristocracia su preocupacion, i el ejército la personificacion del valor i de la intrepidez encarnados en una mujer.

El gobierno, haciéndose intérprete del sentimiento público, la elevó al grado de subteniente.

Aquí dejamos la palabra al mensaje que el Ejecutivo pasó al Congreso. No hai elójio que pueda compararse a este en que se ve chispear el entusiasmo que inspira lo grande, bajo la seria i descarnada forma del estilo oficial.

CONCIUDADANOS DEL SENADO I DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS.

«Entre los muchos hechos gloriosos que embellecen las pájinas de nuestra historia en la campaña del ejército restaurador del Perú deberán justamente enumerarse los que Candelaria Perez consagró a Chile, su patria nativa.

«Esta mujer singular, que desde tiempo atras habia fijado su residencia en la capital del Perú, apenas arribó nuestro ejército a aquellas playas cuando abandonando, con noble i jeneroso desprendimiento, su hogar, sus antiguas relaciones i cuanto poseia en aquel pueblo, se incorporó voluntariamente a aquel, para prestarle servicios de magnitud, aun con notorio peligro de su misma existencia.

«Durante el sitio, que despues de la batalla de Guias se puso a la forteleza del Callao, el entusiasmo de esta mujer, su arrojo i conocimientos locales fueron para el ejército de la mayor utilidad, pues constantemente se le vió incorporada entre la tropa que debia desempeñar cada dia el peligroso servicio de descubiertas i reconocimientos bajo el tiro de la misma fortaleza. Ella le acompañó en la campaña del norte i la Sierra participando de todas sus penalidades i privaciones, i, con admiracion de todo él, quiso participar tambien de los peligros en las célebres jornadas de Buin i Yungai, conduciéndola su patriótico entusiasmo al estremo de desplegar en la última batalla un valor i esfuerzo tan estraordinarios, que llegó a rivalizar con los soldados mas aguerridos de la vanguardia.

«Tan señalados servicios no podian quedar sin recompensa, i el jeneral en jefe dispuso que fuese considerada en clase de sarjento primero de uno de los cuerpos del ejército, para que asi pudiese gozar del corto sueldo de doce pesos mensuales, que tiene designados dicha clase i con el cual podria atender a sus mas precisas necesidades; mas, no pudiendo el gobierno prestar su aprobacion a aquella medida en la parte que le señala sueldo, no obstante de considerarla equitativa, justa i que aun afecta el honor nacional, por no estar en el círculo de sus atribuciones, se hace un deber ocurrir, de acuerdo con el consejo de estado, a las cámaras lejislativa en solicitud de la continuacion de dicha gracia desde la fecha en que le fué concedida por el jeneral en jefe, decorándola a un mismo tiempo con el grado de subteniente de ejército, o bien que se le dispense alguna otra recompensa que el congreso tuviere a bien acordarle. —Santiago, julio 24 de 1840.—JOAQUIN PRIETO.—RAMON CAVAREDA.»

El Congreso accedió a la insinuacion del Ejecutivo, i despues de numerosos trámites se le declaró en posesion del grado de subteniente con el sueldo de 17 pesos mensuales.

Llegamos, mui apesar nuestro, a escribir la última pájina de la vida de la sarjento Candelaria.

Al entusiasmo i las felicitaciones de los primeros dias sucedieron la apatia i la indiferencia.

El mundo se cansa demasiado pronto de sus héroes. Aténas se cansó tambiende la justicia de Arístides.

La sarjento Candelaria pasó a ocupar su puesto en el escalafon de la plana mayor de los militares retirados. El miserable sueldo de que gozaba no era suficiente para su mantenimiento. A la pobreza siguieron las enfermedades, i las parálisis, segun la feliz espresion de un escritor peruano, aprisionaron sus miembros como las serpientes de Laocoonte con sus ferreos anillos.

Los años no mejoraron su suerte, pero agravaron sus males. Vivió en la mas estrecha mediania, i en sus hábitos i en su conducta siempre digna, se dejaron traslucir los dolores de una suerte que se daba la mano con la miseria.

Imposibilitada para valerse por sí misma, tuvo que pedir a los otros con empeño, los mismos servicios que ella prestó a todos con la sonrisa en los lábios.

En veinte años de miseria hai dias mui amargos i horas en que mas valiera no existir. Los que sufren pueden comprender lo que ella sufrió.

La sarjento Candelaria era bajo todos respectos una mujer escepcional.

En su alma se albergaban todos los sentimientos jenerosos, hermanándose con estrecho lazo el valor i la dulzura, la constancia i la suavidad mas esquisita. Los estravios del campamento no empañaron la limpieza de su alma, ni debilitaron la sensibilidad de sus afectos, que tenian el vuelo de la fé i de la esperanza.

Entregada a la práctica de la virtud, fué el modelo del hogar, como fué el ejemplo del ejército. Su piedad rayaba en misticismo, i sus últimos dias fueron los del justo.

De estatura regular, de figura simpática tenia la gallardia que se adquiere en el ejército i la mesura innata de la mujer. Nosotros la conocimos en los últimos años, ciega, paralítica i embargada hasta en el uso de la palabra. Ella podia decir al mostrar los estragos del tiempo: *non est cicatrix turpis quam virtus parit.*

Hubo un dia de espiacion i de justicia para nuestra heroina. Una noche se representaba en el teatro un drama en que figuraba la sarjento Candelaria. El público no se acordaba ya de la mujer valiente de Yungai. Ella estaba tambien allí, presenciando conmovida su retrato.

Uno de los asistentes alcanzó a divisarla i el público entero la aclamó entusiasmado.

En esa noche se verificó en el teatro una verdadera apoteósis.

Era el último fulgor del sol de su fortuna que llegaba ya al ocaso.

Antes de llegar a escribir la última pájina, vamos a consignar dos anécdotas llenas de orijinalidad i que nos la ha referido un testigo presencial.

Hora i media ántes de la batalla de Yungai la sarjento Candelaria Perez servia un lijero almuerzo a varios oficiales entre los cuales se encontraba el señor Tocornal i i un teniente Urizar, modelo de bravura.

Como observara que Urizar estaba contra su costumbre triste i pensativo, le dijo: «¿no vé Ud., mi teniente, que nuestros enemigos nos están pidiendo perdon de rodillas con las manos puestas?»

I al decir esto señalaba un tronco que, visto de léjos, parecia un hombre en actitud de súplica.

Una hora despues Urizar habia muerto i las altivas predicciones de Candelaria se cumplian en todas sus partes.

Despues de la batalla los 800 a 100 prisioneros enemigos fueron encerrados, a falta de cárcel, en la iglesia parroquial.

Cuando marchaban a la prision, un grupo de oficiales, entre los cuales se encontraba la sarjento Candelaria, los miraba desfilar. Como entre ellos viera a un jóven rubio i de hermosa presencia que habia conocido en el Callao, se dirijió a él i le habló en ingles.

Sorprendidos sus compañeros le preguntaron lo que le habia dicho. Contó entónces que estando ella en Casas-Matas le decia: «me voi a enrolar en el ejército de Santa Cruz para matar chilenos»; i que ella, no queriendo quedarse sin corresponder esa galanteria, habia ido a decirle: «me he enrolado en el ejército chileno para matar *gringos.*

Llevaba en su pecho la medalla de los vencedores de Yungai, aunque nunca pudo obtener que se le declarase el derecho que tenia a la gratificacion acordada por el gobierno del Perú, a los que formaron en las filas del ejército libertador.

Los achaques de la vejez i los sufrimientos del campamento precipitaron su fin. El 28 de marzo del presente año dejó de existir.

Los diarios de los últimos dias anunciaron su muerte. Su agonía fué la de los que creen que hai algo mas allá de este mundo, en donde vive el bien i en donde no hai miserias ni crímenes.

En un oscuro cuarto yacia el cadáver de la heroina. En sus facciones no se notaban ni las contracciones ni las angustias del último dolor. Habia dejado de existir en la media noche, sin interrumpir el sueño de una sirviente, que la amistad habia colocado al lado de su lecho de dolor, para que velara su sueño.

La noticia de su muerte llegó a todas partes, i quizá en todas hubo una palabra amable para la mujer histórica que abandonaba la vida, despues de haber luchado en su postrer dia con la miseria i el abandono que la habian acompañado en sus últimos años, cuando arreciaron los males i cuando las enfermedades mas crueles se habian apoderado de su cuerpo.

La comandancia jeneral de armas mandó que un piquete del Buin le hiciera al dia siguiente en el cementerio los honores de ordenanza, al mismo tiempo, que comisionaba a uno de sus ayudantes para que hiciera el entierro de su cadáver.

El dia 30 de marzo tuvieron lugar sus funerales. En el salon de depósito de los cadáveres, en la tercera mesa se veia un cajon teñido de negro, i en que saltaba a la vista la lijereza con que habia sido construido por el carpintero que no habia tenido tiempo para taparlas rajaduras de las tablas, por las cuales se divisaba la mortaja que envolvia el cadáver.

Concluida la misa de requiem, se reunieron los dolientes. Eran solo cinco. Un antiguo teniente de ejército, tres honrados artesanos i un amigo mas.

Este pobre cortejo fúnebre pasó al lado de otro en que lucia la riqueza i el fausto, i desfiló por el patio de los mausoleos hasta llegar al campo de los pobres, repitiendo las tiernas oraciones de la iglesia, que al borde de esa tumba miserable eran mas sublimes i mas aceptas a Dios, que al pié del mausoleo del potentado.

Depositado en la fosa que tendria una

vara de profundidad, los soldados hicieron una descarga, al mismo tiempo, que los sepultureros lo cubrian con tierra.

La miseria i el abandono que persiguieron a la sarjento Candelaria, en los veinte últimos años de su vida son con ella implacables hasta mas allá de su tumba.

Para ella no hai ni el reposo del sepulcro.

La sepultura en que yace hoi su cadáver no le pertenece sino por un año, i despues que éste pase, vendrá otro cadáver a reclamar ese lugar, que puede obtenerse para siempre con unos cuantos pesos.

Hé aqui una obra de reparacion santa. Con unas pocas monedas se puede arrebatar al olvido de la muerte la memoria de esa mujer estraordinaria.

Nosotros la empezamos i abrimos una suscricion, en donde creemos que nadie se negará a depositar su óbolo. Con el producido se comprará una sepultura que cubriremos con un mármol que recuerde que el valor i la virtud son dos joyas preciosas que inmortalizan en la memoria de los hombres a los que las conservaran en sus almas. (1)

Santiago, abril 12 de 1870.

VENTURA BLANCO.

¡I ELLA ME HA HECHO FELIZ!

(LEYENDA.)

I.

No ha muchos años, una tarde de invierno, marchaba por uno de los caminos que conducen a Rengo un pobre niño de melancolico i gracioso aspecto.

El cielo se cubria de negros nubarrones, un recio viento sacudia con fuerza el ramaje de los álamos, i era tan intenso el frio, que las avecillas revoloteaban buscando un abrigo donde guarecerse; todo parecia anunciar una terrible noche de lluvia. Caminaba nuestro niño a largo paso, fijos en el suelo los ojos, como el hombre agobiado por el sentimiento del bien perdido. El viento jemia con horror i hacia estremecer de miedo al pobre niño. En sus grandes ojos azules se dibujaba esa melancolia, o sea la tristeza de la infancia, que cuando llega a grabarse sobre una frente infantil es triste presajio de amarguras sin cuento.

La noche se acercaba, la blanca cumbre de los Andes se cubria por momentos de espesas nubes, que a los ojos de nuestro amigo eran negras i espantosas fantasmas. Jorje, tal era su nombre, apresuraba cuanto podia el paso, pero sus piernas temblaban de cansancio i su pecho jadeante mostraba bien claro que poco mas resistiria a la fatiga.

Era ya de noche, ni el humo del hogar ni el ladrido de los fieles guardianes del pobre indicaba la cercanía de un techo en que guarecerse.

Jorje, abrumado de cansancio, se echó para dar descanso a sus miembros fatigados. En su rostro lleno de gracia i de inocencia se confundian en una sola espresion el dolor i el miedo, la esperanza i el desaliento.

Comenzó a llover. El pobre niño buscaba en vano un abrigo bienhechor, en tanto que el frio llegaba hasta sus huesos i el espanto hacia tiritar sus carnes.

La lobreguez de la noche le impedia reconocer siquiera la soledad que le rodeaba. ¡Pobre Jorje, cuán triste era su situacion! ¡Cuántas amarguras destrozaban su pecho!

Talvez a lo léjos le parecia escuchar el triste jemido de las sombras de la noche i era tan solo el silvar del viento. Súbito brillaba un relámpago i, a su rojiza luz, se veia rodeado de espectros i esqueletos. Cuando el agua corria por su cuerpo i le entumecia el frio creia que su sangre brotaba de sus venas i que el hielo de la muerte se apoderaba de él.

Comenzó a llorar. Sus lágrimas se confundian con la lluvia, llanto de la naturaleza.—«¿Por qué, murmuraban sus labios temblorosos, otros tienen abrigo i yo muero aqui de frio! Yo recuerdo que en la ciudad ese niño que me daba juguetes tenia madre que velase por él.... yo no la tengo.... Todos tienen pan i un lecho abrigado en que dormir.... yo nada de eso poseo.... Hasta los pajaritos tienen sus nidos i sus padres.... i yo de todo carezco.» I lloraba el pobre niño.

De pronto una idea consoladora vino a suavizar su pena.—«¡Ah! mi madre cuando estaba en el hospital para morir, me dijo: mui chico quedas sin amparo; pero hai una madre en el cielo i ella no te abandonará. Madre mia, Virjen de misericordia, ten compasion de este pobre huérfano, dame un abrigo.» El viento seguia jimiendo i mezclando en medio de las sombras su fúnebre sumbido con el monótono caer del agua.

La dulce idea de que no estaba solo, de que una madre velaba por él, dió algun aliento al corazon de Jorje; lloraba aun, pero sus lágrimas no eran tan amargas, habia penetrado en su pecho un rayo de consuelo.

Pasaban las horas, i nuestro inocente amigo, tiritando de frio, emprendió de nuevo su cortada marcha en un mar inmenso de soledad i tinieblas. Sus piés resbalaban a cada instante sobreun piso de lodo. Caminaba con el corazon oprimido, los ojos llorosos i casi muerto de hambre i de fatiga, sin encontrar jamas el término tan deseado.

De pronto escuchó con pavor un ruido estraño que por momentos crecia, huyó aterrorizado; pero sus ensangrentados piés no pudieron resistir al nuevo esfuerzo que

(1) En la oficina de *La Estrella de Chile* se reciben suscriciones con este objeto.